

cupiscencia aumentando la caridad, pues dice San Agustín: «El alimento de la caridad disminuye la concupiscencia, y cuando aquella es perfecta esta se destruye.» (1.) Además, la carne purísima de Cristo Jesús reprime la insolencia de la nuestra, como enseña Cirilo de Alejandría, diciendo: «Cuando Cristo vive en nosotros sujeta los movimientos de nuestra carne» (2.) Pero hay más, porque el fruto especial y dulcísimo de la Sagrada Eucaristía es el que anunciaba esta sentencia profética: «¿Cual será el bien de El (Cristo,) y lo hermoso de El, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes?» (3.) Estas palabras significan el vivo y constante amor de la virginidad que aun en estos tiempos de hartura de placeres, florece diariamente en la Iglesia católica, cada vez con mayor abundancia, y sabido es cuanto contribuye este amor al progreso y esplendor así de la Religión como de la Sociedad humana.

Ha de añadirse que por este adorable Sacramento se confirma maravillosamente la esperanza de los bienes inmortales y la confianza en el divino auxilio. El deseo de felicidad que abrigan todas las almas y que es natural en todas, se aviva más y más con la índole engañosa de los bienes terrenales, con la injusta violencia de los hombres perversos, y con los demás dolores que padecen el cuerpo y el espíritu.

Pues bien, el augusto Sacramento de la Eucaristía es motivo y prenda de dicha y gloria, no solamente para el alma, sino también para el cuerpo, porque al paso que enriquece á las almas con abundancia de bienes celestiales, y las colma de suavísimas alegrías, que sobrepujan con mucho á cuanto imagina la esperanza, sea la que fuere, y sostiene á los cristianos en la adversidad, y los vigoriza en la lucha por la virtud, y los guarda para la vida eterna, y los conduce á ella surtiéndoles, si así puede decirse, de víveres para el camino; la Sagrada Hostia introduce en el cuerpo vacilante y débil del hombre el germen de la futura resurrección, y el cuerpo inmortal de Cristo pone en nosotros la semilla de la inmortalidad, que un día producirá sus frutos. Que tales sean los que deben resultar de la Sagrada Eucaristía es constante enseñanza de la Iglesia, siguiendo así la doctrina de Cristo cuando dijo: «*Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.*» [4.]

Conviene con el asunto que tratamos é importa grandemente considerar que la Eucaristía fué instituida por Cristo, Señor nuestro, como «*memorial perenne de su pasión*» [5,] y que descubre al

- (1.) De diversis quaest. LXXXIII, quaest XXVII.
- (2.) Lib. IV, C. II, in Ioann., VI, 57.
- (3.) Zacarías, VI, 55.
- (4.) San Juan, vi, 55,
- (5.) Thom. Auin., Opues, LVII off Sacram.

cristiano la necesidad que tiene de enmendar su vida de un modo saludable. Jesús dijo á sus primeros sacerdotes: «Haced esto en memoria de mí» [1,] es decir, haced esto para conmemorar mis dolores, mis amarguras, mis angustias, mi muerte en la Cruz. Por lo cual este sacramento y este sacrificio son para nosotros continua exhortación á hacer penitencia en todo tiempo y á soportar los mayores trabajos, y á la vez es grave y severa condenación de los placeres que los hombres imprudentes tanto exaltan y ponderan. «*Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.*» [2.]

Además, si se investiga cuidadosamente la causa de los males del día, se verá que consiste en que se ha enfriado la caridad de unos hombres con otros, y la de todos con Dios, porque se han olvidado de que son hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, y no se ocupan en lo que personalmente les concierne, y no solamente descuidan el interés ajeno, sido que lo combaten y perjudican.

De aquí nacen disturbios frecuentes y luchas de unas clases con otras. La arrogancia, la dureza y el fraude, prevalecen entre los poderosos; la miseria, la envidia y la división, entre los pequeños. Y en vano es buscar remedio á estos males en el miedo al castigo y en los consejos de la prudencia humana, porque como lo hemos dicho más de una vez y ampliamente hemos expuesto, es necesario resolverse á procurar con todo esfuerzo, que las diferentes clases sociales queden en la mutua prestación de servicios, y en concordia que se funde en Dios y que produzcan obras conformes con el espíritu fraternal y la caridad de Cristo, el cual trajo á la tierra y quiso ensender en todos los corazones el fuego de aquella caridad que puede hacer feliz, no solamente al alma, pero también al cuerpo en la vida presente, porque modera en el hombre el amor excesivo de sí mismo y templá el deseo inmoderado de riquezas, «que es la raíz de todos los males.» [3.]

Es evidente que deben observarse todos los preceptos de la justicia en las relaciones entre las diversas clases sociales, pero principalmente con el auxilio de la caridad y sus dictados será posible obtener que en la sociedad humana «resulte la igualdad» saludable que aconsejaba San Pablo [4,] pues solamente por la caridad podrá conservarse esta igualdad. Por tanto como Cristo Jesús, cuando instituyó este augusto Sacramento, quiso reanimar la caridad de los hombres para con Dios y, por este medio, avivar la mutua caridad entre los hombres, innegable es que la segunda nace de la primera por virtud de su misma índole, y por decirlo así, que es-

- (1.) Lucas, XXII, 19.
- (2.) I Corint. XI, 26.
- (3.) I Timoteo, VI, 10.
- (4.) II Corintio, VIII, 14.

pontaneamente mana de ella. Imposible es que por alguna parte falte esta doble caridad, antes bien se manifestará en todo vigorosa y ardiente si los hombres meditan en el amor de que les da testimonio Cristo en este Sacramento, donde así como manifestó magníficamente su poder y su sabiduría, también «derramó los tesoros de su divino amor hacía los hombres.» [1.]

Después de este insigne ejemplo que nos legó Cristo ¡cuánto debemos amarnos y sacorrernos unos á otros, unidos por vínculo fraternal, cada vez más apretado!

Añádese que los signos exteriores de este Sacramento son propios á excitarnos oportunamente á la mutua caridad. A este propósito escribió San Cipriano: «Finalmente, el mismo sacrificio del Señor declara que la humanidad cristiana se halla unida á El con firme é inseparable caridad. Porque cuando el Señor llama á su cuerpo Pan, hecho mediante la unión de muchos granos, significa que nuestro pueblo, que El rige, es un pueblo unido; y cuando llama á su sangre vino, que es producto de muchos racimos y granos de uva, significa igualmente que nuestra grey está formada por multitud de hombres reunidos.» (2.) Del mismo modo nos habla el Doctor Angélico inspirándose en San Agustín: «Nuestro Señor nos dejó su cuerpo y su sangre en aquellas cosas que más se forman de varias, porque el pan está formado de multitud de granos y el vino se compone de multitud de uvas, por lo cual exclama en otra parte San Agustín: ¡Oh Sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh lazo de caridad!» [3.]

Todas estas enseñanzas se hallan confirmadas por la doctrina del Santo Concilio de Trento, el cual declara que Cristo dejó á su Iglesia el Sacramento de la Eucaristía «como símbolo de la caridad con que quiso que los cristianos quedasen enlazados y unidos entre sí..... símbolo de aquel cuerpo, que es uno y de que El es cabeza, y al cual quiso que los miembros, que somos nosotros, estuviesen unidos por los vínculos apretadísimos de la fe, la esperanza y la caridad» [4] que es lo que ya había enseñado San Pablo, diciendo: «Todos los que participamos del mismo pan, bien que muchos, venimos á ser un solo pan, un solo cuerpo. [5.] Ciertamente que es hermosísimo y dulcísimo ejemplo de fraternidad cristiana y de igualdad social la confusión con que se agrupan al pie del altar el patricio y el plebeyo, el rico y el pobre, el sabio y el ignorante, á fin de participar igualmente en el banquete celestial: y si en los anales de los comienzos de la Iglesia se la atribuyen con justicia la gloria de que «toda la multi-

[1.] Conc. Trid., Sess. XIII, De Euch., c. II.  
[2.] Epist. 69 ad Magnum, n° 5.  
[3.] Sum. Theol., III q., p. LXXIX a I.  
[4.] Sess. XIII, De Euch., c. II.  
[5.] I Corint., X, 17.

tud de los fieles tenía una misma alma y un mismo corazón» (1,) está claramente probado que este resultado preciosísimo se debía á que frecuentaban la Sagrada Mesa; y en efecto, leemos de los primeros cristianos que «perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan. (2.)

Además, conviene saber que el beneficio de la mutua caridad entre los vivos, que saca del Sacramento eucarístico tanta fuerza y extensión, se derrama, principalmente por la virtud del sacrificio, sobre todos cuantos componen la comunión de los santos. Nadie ignora que la comunión de los santos es un cambio de auxilios, expiaciones, súplicas y beneficios entre los fieles, bien hayan conquistado la patria celestial, bien padezcan el fuego del Purgatorio, bien continúen el viaje de la vida.

Todos se hallan unidos y componen una sola ciudad, que tiene á Cristo por cabeza y la caridad por forma. Pues véase lo que nos enseña la fe: «que aun cuando solamente á Dios se puede ofrecer el augusto sacrificio, sin embargo, puede celebrarse en honor de los Santos que reinan en el cielo con Dios, que los ha coronado;» y esto á fin de conseguir su patrocinio, y también, según doctrina de los Apóstoles, para borrar las faltas de nuestros hermanos que, habiendo muerto en el Señor, no las han expiado enteramente.

La sincera caridad, que por la salud y provecho de todos, todo sabe hacer y sufrir, nace ardiente y activa del Sacramento eucarístico, en el cual se halla vivo Cristo mismo; en el cual se abandona principalmente á su amor hacia nosotros; en el cual, por último, movido de un ímpetu de caridad divina, renueva perpetuamente su sacrificio. Así se descubre con facilidad donde tuvieron origen los arduos trabajos de los varones apostólicos y de donde traen, junto con su principio, su fuerza, su constancia y sus gloriosos éxitos, tantos y tan diversos institutos benéficos.

No dudamos de que estas breves enseñanzas acerca de tan vasto asunto, han de ser fecundas en resultados para la grey cristiana, si por vuestra diligencia, Venerables Hermanos, se exponen y recomiendan oportunamente á la atención de los fieles.

Pero este Sacramento es tan grande y tan rico en virtudes de todo género, que nunca podrá nadie tributarle todas las alabanzas y darle todo el culto que merece. Sea que se le medite devotamente, sea que piadosamente se le adore, sea ante todo que se le reciba con pura conciencia y santas disposiciones, ha de mirarse como centro de la vida cristiana. Todas las otras formas de piedad, cualesquiera que sean, tienen en la Eucaristía su objeto y fin, y á este misterio se refiere y en él se cumple todos los días aquella

[1.] Hechos, IV, 32.  
[2.] Hechos, II, 42.

amorosísima invitación de Cristo: «Venid á mi todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré.» [1.]

Este misterio constituye el alma de la Iglesia y la misma plenitud de la gracia sacerdotal sube hacia él por los diversos grados del orden. En él adquiere y posee la Iglesia toda su virtud y su gloria, todos los tesoros de gracia divina y todos los beneficios que derrama sobre el mundo, por lo cual emplea todo su celo en llevar á los fieles á unirse íntimamente con Cristo mediante el Sacramento de su Cuerpo y su Sangre, con el ornato de sagradas ceremonias que aumentan su veneración.

La perpetua solicitud que muestra en este punto la Iglesia, nuestra Madre, se puso elocuentemente de relieve en una exhortación que fué publicada en el Santo Concilio de Trento, que exhala una caridad y piedad admirables y que merece de todo en todo que el pueblo cristiano la reciba de Nos, íntegramente reproducida: «*Con paternal afecto advierte el Santo Sinodo, exhorta, ruega y conjura, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, á cuantos llevan el nombre de cristianos, á que se unan por fin, y establezcan la buena armonía en este signo de unidad, en este vínculo de caridad, en este símbolo de concordia. Acuérdense de la grandísima majestad y del admirabilísimo amor de Nuestro Señor Jesucristo, que dió su alma amabilísima en precio de nuestra salud y nos ha dejado su Cuerpo en alimento; crean los fieles y veneren estos sagrados misterios del Cuerpo y la Sangre de Cristo con fe tan constante y firme y con tal piedad, devoción y respeto, que puedan frecuentemente recibir este pan substancial; y sea verdaderamente para ellos salud perpetua del alma y corazón y que, fortificados en este alimento puedan al término del miserable viaje de esta vida, llegar á la patria celestial, donde este mismo Pan de ángeles que ahora comen disimulado con sagrado velo, lo coman sin velo ninguno.*» (2.)

La historia da testimonio de que la vida cristiana floreció sobremanera en los pueblos y las épocas en que la recepción de la Eucaristía era más frecuente: y por otra parte hay otro hecho no menos comprobado, á saber, que cuando los hombres hacen poco caso de este sacratísimo Pan y como que se hastían de él, se ha visto debilitarse de un modo palpable el vigor de la fe cristiana. Para que enteramente no se extinguiera, Inocencio III adoptó una determinación prudentísima, mandando bajo severas penas que siquiera en la festividad pascual ningún cristiano se abstuviese de recibir el Cuerpo del Señor. Pero es claro que este precepto fué establecido con disgusto, y sólo á manera de remedio extremo, porque siempre ha sido deseo de la Iglesia que los fieles en todas las Misas participasen del Sagrado banquete. «El Santo Sinodo desearía que

(1.) San Mateo, XI 28.

[2.] Sess. XIII, De Euch., c. XIII.

en cada Misa los fieles que la oyen no se limitaren á hacer la comunión espiritual, sino que recibieran Sacramentalmente la Eucaristía, y de este modo los frutos de este sacratísimo sacrificio manarían sobre ellos con mayor abundancia.» (1.)

Este augustísimo misterio no abunda solamente en frutos benditos para cada individuo en particular, sino en razón de ser sacrificio, para todo el género humano, por lo cual la Iglesia tiene costumbre de ofrecerlo asiduamente «por la salud del mundo entero.» Conviene que los cristianos piadosos unan sus esfuerzos á fin de que este sacrificio sea objeto de respeto y culto cada vez mayores, lo cual es más necesario que nunca en los presentes tiempos; así es que queremos que la multitud de virtudes que en él se contienen sean mejor conocidas y más atentamente meditadas.

Son claros, aún para la razón natural los siguientes principios: El poder de Dios criador y conservador sobre los hombres, considerados pública ó privadamente, es supremo y absoluto; cuanto somos y cuanto tenemos de bueno, privada ó publicamente, débese á la liberalidad de Dios, en correspondencia á la cual debemos manifestarle el mayor respeto, como á Señor Nuestro, y la mayor gratitud en razón de los preciosísimos beneficios de que le somos deudores. Y sin embargo, ¿cuántos hombres le rinden hoy esos homenajes con la piedad debida?

Más que ninguna otra, nuestra revuelta edad sacude el yugo de Cristo y lanza de nuevo contra El este grito impío: «No queremos á ese por nuestro rey» [2] y declara este nefando deseo: «Exterminémosle» [3.] Y hay muchos que no buscan con todo empeño sino desterrar á Dios de toda nación y hasta de la misma sociedad humana. Aún cuando no en todas partes se llega á este extremo de criminal locura, esto no obstante, aflige gravemente ver el crecido número de hombres que viven olvidados de la Divina Majestad, de sus beneficios, y sobre todo, de la salud que nos adquirió Cristo Señor Nuestro.

Es necesario que se reparen ahora esta perversidad ó descuido gravísimo, por medio de un aumento en la piedad general hacia el sacrificio eucarístico. Con nada puede honrarse tanto á Dios, ni puede serle más agradable, porque es divina la víctima que se inmola. Por ella atribuímos á la Augustísima Trinidad un honor igual al que exige su dignidad infinita, y además ofrecemos al Padre un presente de precio y suavidad infinitos, de donde se sigue que no solamente agradecemos su benignidad, sino que verdaderamente, solventamos nuestra deuda con El.

(1.) Conc. Trid., Sess. XXII y VI.

(2.) San Lucas, XIX, 14.

(3.) Jeremías, XI, 19.

Pero aun se nos ha dado y sacamos de este sacrificio otro doble y preciosísimo fruto. No puede pensarse sin aflicción en el diluvio de torpezas que á todas partes alcanza por haber sido desconocido y menospreciado, según ya hemos dicho, el divino poder. Realmente, el género humano parece que en gran parte provoca la cólera divina y el número de pecados que se han acumulado están clamando la justa reprobación de Dios. Urge, pues, estimular el piadoso fervor de los fieles invitándolos á que calmen la ira de nuestro justo Juez, Dios Nuestro Señor, y alcancen su auxilio para este siglo, agobiado por tantos males; pero tengan en cuenta que estos favores han de pedirse principalmente en virtud del sacrificio eucarístico. Y en efecto, únicamente, merced á la eficacia de la muerte que padeció, es como pueden satisfacer enteramente los hombres los derechos de la divina justicia, y alcanzar en abundancia los beneficios de la divina clemencia. Más esta misma virtud, virtud de expiación y de súplica, quiso Nuestro Señor que toda entera permaneciese en la Eucaristía, la cual no es una mera y vana conmemoración de su muerte, sino una verdadera y maravillosa renovación de ella, si bien incruenta y mística.

Por lo demás, plácenos declarar que en estos últimos años las almas de los fieles han comenzado á renovarse con el respeto y el amor al Sacramento de la Eucaristía, renovación que Nos mueve á esperar que veremos nacer en tiempos mejores una situación más floreciente. Como ya lo hemos dicho al principio de estas Letras, una piedad activa ha creado numerosos institutos, singularmente asociaciones, que tienen por objeto procurar el esplendor de los ritos eucarísticos, adorar asiduamente, de día y de noche, al augusto Sacramento del altar y reparar los ultrajes y sacrilegios de que es víctima.

Pero ni á Nos, ni á vosotros, Venerables Hermanos, nos está permitido darnos por satisfechos con lo alcanzado hasta aquí, porque todavía hay muchos progresos que realizar y muchas instituciones que establecer, para que este dón, más que ninguno divino, se vea rodeado del mayor esplendor y honra por los mismos que cumplen los deberes de la religión cristiana, á fin de que tan alto misterio reciba todo el honor de que es digno. Por lo cual deben desarrollarse más y más las obras eucarísticas que ya existen y renovarse aquellas otras, en caso de que hubieren perecido, como las Cofradías del Santísimo Sacramento, el jubileo de las Cuarenta Horas, las solemnes procesiones con el Santísimo, las piadosas genuflexiones delante de los Sagrarios y demás prácticas de la misma índole, santas y saludables, añadiéndose cuánto importa emprender aquellas obras que sugiera en este particular una discreta devoción.

Pero sobre todo, es necesario que se renueve en todas las naciones católicas la frecuencia de la Sagrada Comunión, como nos enseñan los ejemplos de los primeros tiempos de la Iglesia, que acabamos de recordar, los decretos de los Concilios, la autoridad de los Santos Padres y los hombres más eminentes en santidad de todas las épocas. A la manera que el cuerpo, también el alma necesita alimentarse con frecuencia, y la Sagrada Eucaristía la proporciona el alimento más fortificante de todos.

Es necesario acabar con la errada opinión de los que son hostiles á esta doctrina, con los vanos temores de no pocas personas, con los motivos especiosos para abstenerse de la Comunión. Se trata en efecto, de una devoción que es para el pueblo cristiano útil como ninguna, así para extinguir en las generaciones presentes el deseo desordenado de los bienes terrenales, como para reanimar y mantener de un modo permanente los afectos cristianos. Gran peso tendrán en esta materia los ejemplos y las exhortaciones de los hombres que pertenecen á las clases elevadas, pero principalmente el celo ilustrado del clero. Los sacerdotes á quienes Cristo confió la misión de consagrar y distribuir su Cuerpo y su Sangre, nada podrán hacer más acomodado á su obligación de agradecer tan insigne honor, que promover por todos los medios á su alcance la gloria eucarística de Cristo y conforme á los deseos de su Sagrado Corazón, convidar y atraer á las almas á refrigerarse en el manantial saludable de tan gran Sacramento y tan gran sacrificio.

Sean, como vivamente deseamos, más abundantes cada día los frutos excelentes del augusto Sacramento Eucarístico; puedan la fe, la esperanza y la caridad, y, en una palabra, todas las virtudes cristianas, aumentar continuamente y asegurar la curación y el progreso de la sociedad, y brillen con mayor luz los designios de la previsora caridad de Dios, que instituyó para «*la vida del mundo*» lo perpetuidad de tal misterio.

En esta esperanza y como prenda de los favores divinos y testimonio de nuestra caridad, os concedemos, Venerables Hermanos, á cada uno de vosotros y al clero y fieles puestos bajo vuestra vigilancia, la bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día XXVIII de Mayo, víspera de la festividad del Santísimo Sacramento, en el año de MCMII, vigésimo quinto de Nuestro Pontificado.

### LEON PAPA XIII.

No podemos terminar sin exhortaros con todo nuestro corazón, amados hermanos é hijos nuestros, á que acudais presurosos á la divina Eucaristía, como fuente de agua viva que suministra el remedio á todas nuestras necesidades.

Reflexionemos por algunos instantes siquiera en la inmensa dicha de tener en la Sagrada Eucaristía continuado el mismo Sacri-

ficio de la Cruz, el cual se renueva en la Santa Misa y con gran provecho de nuestras almas, si asistimos á ella con la reverencia y devoción que pide tan sublime misterio, y proponamos oírlo no sólo cuando el precepto nos obliga, sino siempre que nuestras ocupaciones nos lo permitan. ¡Ojalá que diariamente lo hiciéramos, para que diariamente tuviera Jesucristo el consuelo de aplicarnos los méritos de su Pasión y Muerte!

Reflexionemos también en la felicidad que Jesucristo nos ofrece, permitiéndonos y hasta rogándonos que nos acerquemos á recibirle en la Sagrada Comunión. ¡Qué tristeza para El que es amante de los hombres y quiso poner en ellos sus delicias al verse desairado en un convite tan generoso! Resolvamos, pues, corresponder á ese amor con comulgar más á menudo. Reflexionemos por último que en nuestros templos está Jesucristo de día y de noche, encerrado en el Sagrario y aprisionado con cadenas de caridad, esperándonos para que le hagamos compañía, y prometámosle visitarlo diariamente.

Es materia esta tan abundante y agradable que difícilmente podrá agotarse ó fastidiar. Dejamos á la consideración de los fieles, como fin de esta pastoral aquella amorosa queja del Corazón de Jesús y cada cual piense como responderá á ello.

“Mira este corazón, decía Jesucristo á la Bienaventurada Margarita María Alacoque, en la tercera de sus revelaciones, que tanto ha amado á los hombres y que nada ha omitido, hasta anonadarse y consumirse para probarles su amor. Pero en pago no recibo de los más sino la ingratitud, el menosprecio, la irreverencia, los sacrilegios y la frialdad con que me tratan en este Sacramento de amor.”

Esta carta se leerá en todas las Iglesias de la Diócesis, *inter missarum solemnias*, en el próximo día festivo, después de recibida.

Os enviamos á todos, amados hermanos é hijos nuestros, la bendición pastoral, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

*Dada en la Casa Episcopal de León, firmada, refrendada y sellada, según estilo, á los veinte días del mes de Julio de mil novecientos dos.*

✠ *Leopoldo,*

*Obispo de León.*

Por mandato de S. S. Ilma.

*Angel Martínez*

*Secretario.*



003